

Con olor a santidad

Jorge Enrique Escalona

I. LULÚ

Desde el corral de las gallinas me asomo al patio: ahí está Lulú sentada encima de una piedra, con la vista al horizonte; tiene puesto su suéter morado, desabrochado, me doy cuenta que le faltan dos botones, que está raído de las mangas y le empieza a quedar chico. Su cabello está casi suelto, poco queda de la trenza que le hicieron en la mañana. Su vestido blanco tiene manchas de lodo, al igual que sus calcetas y zapatos, sucios de estiércol. Me pregunto qué pensará, qué soñará, hasta cuándo podrá hablar. De pronto siento un empujón, Carlos y Luis saben mi miedo y me avientan. Lulú voltea, me mira fijamente, como fiera agazapada. Sonríe y su mueca me da miedo: su rostro parece de bruja. De su boca cae baba. Se levanta y da unos pasos, veo su torpe figura. De pronto corre hacia mí, quedo paralizado, siento que un aire frío recorre mi cuerpo. Me abraza, siento su fuerza, aprieta mucho. Yo sudo, estoy espantado. Busco desesperadamente con la mirada a mi prima o a mi tía, pero no hay nadie cerca. Sólo escucho las risas de Carlos y Luis, “Dale un beso a la loquita” grita uno de ellos. Lulú me aprieta más fuerte y lanza unos gruñidos, siento como mi playera se llena de saliva. Su pelo huele a mugre, su ropa a vaca. Los gritos de la abuela hacen que Lulú me suelte, llega doña Clara, su mamá, y la jala hacia la cocina, la sienta en una silla, lejos del fogón, ella mira la lumbre y ríe.

Mi tía me llama para comer, el susto me quitó el hambre sólo unos instantes. Voy hacia el comedor, alrededor de la mesa de madera están sentados mis dos primas, María y Graciela, y mi primo Israel; ya te dije que no le tengas miedo, no te hace nada, a Carlos le avienta piedras porque la molesta a cada rato. Mi tía llega con una cazuela, me sirve

una sopa de habas con nopales que acompaña con unas tortillas recién hechas. Después, nos sentamos frente a la tele: sólo nos dejan ver, como cada año, la película “El mártir del calvario” con Enrique Rambal, allí ante la televisión en blanco y negro estamos mis primos y yo, mientras mi abuela borda sus carpetas, le quedan muy bonitas. Ya se salió Lulú a la calle tía, grita Luis desde el patio. Mi prima María maldice a la loquita y corre a buscarla. Yo me levanto y me asomo discretamente, miro a la loquita patear y gruñir mientras su mamá y Luis la arrastran hasta ponerla en una silla donde la amarran, le reclaman a María el descuido.

Ya está oscureciendo, es jueves santo y hay que ir a la iglesia: hoy aprehenden a nuestro señor Jesucristo. Bajamos por el camino terregoso mi abuela, mi tía, mis primos y yo. No viene mi tío: volvió a llegar borracho y se quedó dormido. No podemos reír, pues mi abuela nos regaña. Llegamos a la plaza llena de puestos de pan, elotes, atole y quesadillas. Nos vamos hasta el atrio, nos colocamos lo más cerca posible para ver la representación del prendimiento de Jesús. Cerca del árbol grande está rezando el que hace el papel de Jesús, de pronto llegan los soldados romanos, con sus cascos hechos con cepillos de escobas, con espadas de aluminio y dos de ellos con sus machetes, guiados por Don Jobito, que envuelto en su traje de satín naranja con manto rojo representa a Judas Iscariote, tal y como la ha venido haciendo desde hace veinte años. Una vez más repite su gastada palabra “Maestro” y besará a Jesús. Más tarde, con asombro miraré en el árbol grande el cuerpo colgado de Judas, nunca he sabido cómo se mantiene tanto tiempo en el aire.

Después de dos horas de teatro y rezos llegamos a la casa. Mi tía me sirve un vaso de leche caliente, antes de acostarme en el catre que está en el cuarto cercano a los chiqueros. Me acuesto y a los pocos minutos apagan el único foco, que

estaba encendido, y cuya luz apenas rasgaba la oscuridad. Me cubro con la cobija, no veo nada, todo está negro. Escucho los grillos, el gruñir de los marranos, unos ladrido, mugidos y a veces un relincho. A unos metros de mi catre oigo el paso de una rata. Me tapo completamente, cierro fuerte los ojos con la esperanza de dormirme pronto.

Al día siguiente, las diez de la mañana ya estábamos de nuevo en la plaza, iba a comenzar el via crucis, hacía un calor espantoso y el sol me pegaba directo en la cara; mucha gente iba vestida de negro, hasta adelante iba el cura, acompañado de tres monaguillos que llevaban cargando unos cirios. Recorrimos varias calles, rezando y deteniéndonos en las casas donde había un moño morado y un cuadro con alguna imagen que representaba una estación del via crucis, que terminó una hora después. En cuanto acabó, mi tía gritó córranle pa' que alcancen un lugar en la farisea, como se le llama a la representación teatral de la Pasión de Cristo. María y yo corrimos bien rápido y nos acostamos en una barda cerca del templete, así cabríamos sentados los cinco: mi abuelita, mi tía, Graciela, María y yo, y... ¡Lulú!, allí venía Lulú de la mano de mi tía; ¿quién la trajo? ¿por qué no la dejaron amarrada en su silla? Para mi fortuna se sentó junto a María que estaba a mi derecha.

La gente se arremolinaba en la calle para ver la representación que estaba por iniciar, muchas señoras llevaban su sombrilla para taparse del sol, aunque otras lo hacían porque aseguraban que exactamente cuando crucificaran a Cristo se iba a nublar el cielo y caería una tormenta muy fuerte; mi abuelo decía que hace como veinte años el agua había alcanzado metro y medio y que había arrasado con varios puestos, que mucha gente se aventaba a la corriente de agua para agarrar algunos de los panes que flotaban envueltos en sus bolsa de plástico, mientras los comerciantes nada podían hacer.

De pronto un hombre apareció en el templete, estaba vestido con una túnica blanca y una capa roja que tenía bordada un águila enorme, era Poncio Pilatos, a quien su esposa, Claudia, que debía ser representada por una muchacha bonita, le comentaba de un sueño que había tenido y le pedía a Pilatos que salvara a Jesús. A mí no me parece tan bonita Claudia, más bien creo que le dieron el papel porque es hija de uno de los regidores del ayuntamiento. Poco después Pilatos trataba de salvar a Jesús pero la gente, influida por Caifás, representado por Don Juventino, solicitaba la cruz para Jesús y la libertad para Barrabas, quien a una orden de Pilatos se bajó del templete y corrió entre la gente con una pieza enorme de pan blanco. Luego Pilatos se lavó las manos y echó el agua colorada a los romanos. Después ya veíamos al Cristo cargando su cruz rumbo a la punta del cerro. Los romanos le pegaban, atrás de ellos

iban llora y llora Lili, Eva y Panchita, pues les habían dado los papeles de la Virgen, Magdalena y Verónica. Cuando un soldado llamado Malco le pegó a Jesús mi abuela nos dijo que viéramos como se le iba a poner la mano negra, que por eso era malo que nos peleáramos. Yo sólo vi que el ya traía pintada su mano de negro.

Caminamos con toda la gente detrás de Jesús rumbo al cerro, a cada rato el nazareno decía "perdónalos padre mío no saben lo que hacen" y se iba cae y cae, mientras mucha gente chillaba, y la Lulú iba grita y grita y risa risa, mientras mi prima le decía que se callara, pegándole a veces en la cabeza para que se estuviera quieta. De pronto, en una de esas caídas, María y Lulú corrieron hacia el Cristo para abrazarlo, un soldado trató de impedir que se acercaran pero sólo detuvo a María quien soltó a Lulú: la loquita se estrelló en el cuerpo del Cristo, que en ese momento caía, y entonces la cruz se vino encima de ella, la aplastó bien feo; Jesús se iba a levantar y ¡moles! que un soldado, que ya estaba borracho, le dio tres cuerazos pa' que no se parara. Toda la gente ayudó pero fue inútil, la madera había aplastado la cabeza de la loquita.

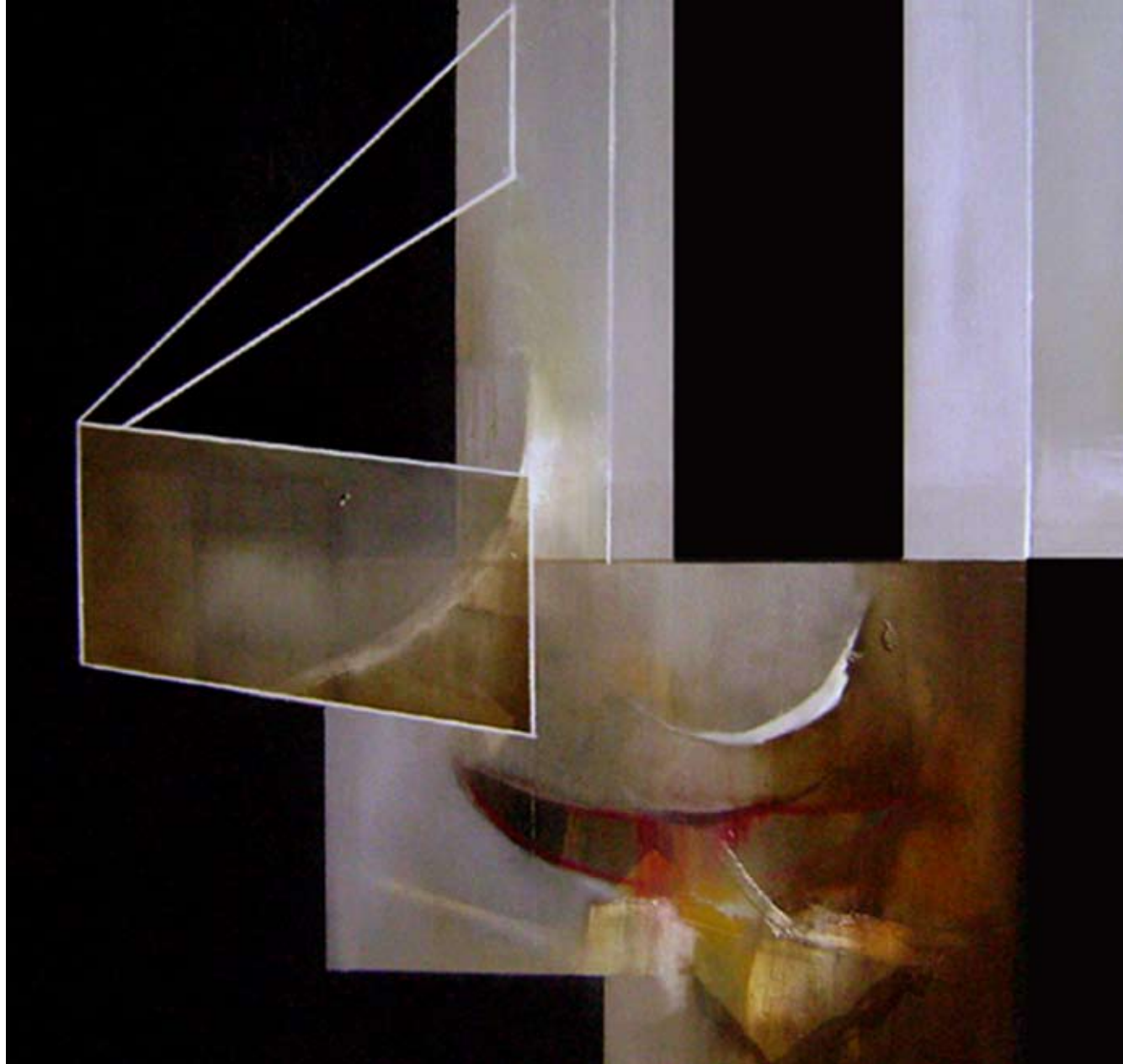
Ese día no llovió como otros años, ya no vi como clavaron a diosito en la cruz, todo me lo platicó Angélica, una amiga de mi prima, esa noche en el velorio de Lulú. La gente rezaba mucho y se acercaba a verla, decían que estaba bendita porque había muerto por la cruz de Cristo; Doña Juana comentaba que Lulú era una santa porque en cuanto ayudó a levantar cruz que aplastaba a la niña se le había quitado un dolor de espalda que traía desde hace días y Don Telésforo aseguraba que cuando cargó a la difuntita sintió como se le quitaba una reuma que traía en el dedo gordo del pie.

Cada vez llega más gente para tocar la caja y besar a la loquita. Ya tiene a su alrededor muchas veladoras y hojas de cuaderno con peticiones que han pegado a su vestido.

Mi prima María tiene horas llorando cerca del ataúd, no pensé que la quisiera tanto, al contrario, yo diría que le molestaba Lulú, que le repugnaba.

Con tanta cosa ya me había olvidado que regresando de vacaciones tengo exámenes de matemáticas y sociales, la verdad bien difíciles. Veo el ataúd lleno de peticiones y me animo, busco un cuaderno, arranco una hoja y le escribo a Lulú para que me haga el milagro de pasar los exámenes, le prometo un abrazo y llevarle flores a su tumba. Coloco el papel sin que me vea mi abuela. Me acerco y abrazo el cuerpo de Lulú que emite una aroma a flores. Le doy un beso y le digo que ya cumplí con abrazarla que ahora ella deberá ayudarme.

Salgo al patio y mi tía me da café y un bolillo. Miro la luna y las estrellas que brillan bien bonito. Me queda una



Referencias secretas, óleo sobre lienzo, 80 x 80 cm, 2008

semana de vacaciones y estoy seguro que sí voy a sacar buenas calificaciones y voy a pasar de año, si Lulú me hace el milagro, claro.

2. CRISTÓBAL

Acúsome padre de sentir rencor por mis semejantes, de maldecir a la niña muerta, de no tener la templanza suficiente para soportar esta injusticia. Yo no la maté, padre. Usted sabe que, gracias a Dios, encontré el camino señalado por nuestro señor, que gracias a eso pude representar el papel de Jesús de Nazaret. Usted sabe lo que fue ese año de preparación para limpiar mis culpas: muchas semanas purificándome para cuando llegará el gran día, resistiendo como nuestro Señor las tentaciones de Satanás. Hoy se me sentencia como a él: de manera injusta, poniéndome la señal de asesino. Ayúdeme, padre, a que mi corazón los perdone y a que Dios nuestro señor no me abandone.

Los agentes ponen en mi boca palabras que no dije, mencionan testigos que nunca estuvieron ese día y hechos

que ocurrieron mucho antes de mi representación como Jesús. Por eso me duele que se me acuse de asesino, de homicida, imprudencial dice el ministerio público.

No padre, sólo usted me escucha. Sólo Dios, usted y mi familia me creen, saben que digo la verdad, a los demás les conviene creer las mentiras que dice el acta, las calumnias que gritan algunos, las falsedades que mencionan los periódicos acerca de mí para vender más. ¡Yo no maté a la loquita, padre!, el peso de la cruz me venció y la aplastó. Esa es la verdad, la única verdad. Lo que quieren es aprovecharse para vender más periódicos, para ganar clientes, para fingir justicia imparcial.

Usted sabe que sólo quería mostrarles la importancia de la pasión, que supieran que el sufrimiento de nuestro Señor era por nuestros pecados, que debíamos arrepentirnos, perdonar y ser perdonados. Entonces, cómo iba yo a matar a la loquita, a la santa. ¿Por qué no me creen, padre? ¿por qué insisten en que ofendí a dios maltratando a una santa?

Les dije lo que recuerdo, padre: que al bajar del templete, después de ser juzgado por Pilatos y dictada la sentencia de crucifixión, me esperaban tres soldados romanos, que se burlaron ante mi apariencia. Desde ese momento no cesarían de golpearme, con suavidad claro, pues en mí veían a Jesucristo. Sólo Carlos lanzaba con fuerza sus latigazos. Llegamos a la esquina de la calle de la amargura y me colocaron la cruz encima, de inmediato sentí el peso aplastante del madero; aunque me había preparado físicamente, la carga me venció varias veces. Recuerdo que en la segunda caída el cansancio comenzaba a vencerme, sobre mi espalda sentí varios latigazos y correr sangre sobre mi rostro, escuché el llanto de varias mujeres y pensé “perdónalos Padre mío, no saben lo que hacen”. El empujón de un soldado que gritó “camina” me hizo trastabillar, traté de no caer pero fue imposible, sentí un cuerpo estrellarse al mío y terminé de caer. Después escuché un griterío, vi que levantaban el cuerpo de una niña, me iba a acercar pero otro soldado me golpeó con su soga y me ordenó caminar.

Junto con la multitud nos dirigimos a la punta del cerro que llaman de los muertos, porque está cerca del panteón. Allí me amarraron a la cruz de siete metros de altura, desde la cual escuché los últimos improperios de los soldados y los gritos lastimeros de muchas mujeres que lloraban, algunas por mí y otras por la niña muerta. Miré al cielo y pronuncié “Dios mío, Dios mío por qué me has abandonado”, en ese instante comenzaron gritarme algunas voces ¡Asesino! ¡Asesino! y varias piedras golpearon mi cuerpo crucificado. Se armó un escándalo, varios soldados intentaban calmar a las personas que me acusaban. La ira creció y la pelea se generalizó. Los objetos volaban, algunos me pasaban cerca, pero otros se insertaban en mi piel. Traté de desatarme y no pude. Antes de desmayarme vi llegar a la policía, a la gente correr y a un uniformado gritarme: “Usted, no se mueva ni intente escapar, está acusado de matar a una niña”.

Y aquí estoy, acusado de homicidio y pidiéndole a usted que perdone mis pecados y a Dios que los perdone a ellos pues no saben lo que hacen.

3. MARÍA

Abrazas durante horas la caja con el cuerpo inerte de Lulú, primero por culpa, después por temor.

Recuerdas los mimos de tu madre, los domingos en misa, el olor de las veladoras, los ojos de las ancianas y de las señas recién bañadas, así como las manos que caritativamente depositaban una moneda en el canasto que cargabas por órdenes del sacerdote. Tus ojos grandes y tu sonrisa convencían a los feligreses que Dios existía y que los niños eran los ángeles en la tierra.

Imaginas la mirada de Carlos y Luis, te ven como la prima mayor, con quien han compartido paletas, helados, regaños muchos juegos como las escondidas, la gallina ciega, la comidita, el futbol, el yo yo y el balero. Juegos que fueron rotos por la loquita, que a los pocos años de nacida se convirtió como una hija para ti, más que una compañera de juegos, tenías que dormirla, cuidarla, cambiarle el pañal, entretenerla, rezarle. Para ti era al principio como una muñeca que peinabas con cuidado, le hacías colitas, cola de caballo, o le ponías mucho limón y ella quieta se movía poco; la bañabas en la tina de aluminio, donde a veces la hundías para saber cuánto tiempo aguantaba una loquita bajo el agua, y notabas como se agitaba, como movía los brazos en busca de auxilio.

Escuchas los gritos de Lulú pidiendo comida, la imaginas con la ropa manchada de sopa, con los cabellos llenos de tortilla, con la boca babeante escupiendo frijoles. Vuelves a sentir el asco de tener que limpiarle la cola maloliente, manchada de excremento y orines. Retumban de nuevo las maldiciones que lanzabas hacia esa niña que no era tu obligación cuidar, hacia ese monstruo que no te dejaba jugar con los demás, que no te permitía gozar con tranquilidad de los programas de televisión, que era un obstáculo para salir con Pedro, cuyos ojos te encantaban.

Tal vez por eso la empujaste hacia el Cristo, para que se curará, para que apaciguara su locura, para que te dejara respirar un momento. Tal vez por eso no la detuviste, al contrario, la impulsaste para que la sangre de nuestro señor le quitara la locura y a ti te devolviera tu libertad de jugar, de correr, de charlar con tus amigas, de dormir, de vivir.

Ahora no puedes contener el llanto, sientes el cuerpo frío de Lulú, la loquita, la intempestiva santa; recuerdas sus risas y le pides perdón, recuerdas su llanto y le pides perdón, abrazas el cadáver y te brotan gemidos que claman perdón.

Lloras, lloras, lloras porque la santa seguramente también recuerda y te castigará. Será tu compañera hasta tu muerte, cuando postrada en la cama del hospital, al borde de tu ocaso, dieciocho años después, finjas jugar con ella, callándola, gritándole y pidiéndole perdón en tu locura. •

JORGE ENRIQUE ESCALONA DEL MORAL. Nació en la ciudad de México en 1962. Ha publicado cuento en los suplementos de los periódicos *La Jornada*, *Excelsior* y *Reforma* y en revistas literarias de México, España y Cuba. Ha sido director de la Revista Literaria *Voces de la Primera Imprenta* (ganadora de la beca “Edmundo Valadés” 2002 y 2003). Obtuvo el 2º lugar en el Certamen Nacional de Cuento “Carmen Báez” 2002 y el 1er Lugar en el Certamen Literario “José Revueltas” de la ciudad de México en 2003. En 2006 publicó el poemario *Desfile de Espejos* (Ediciones Michoacanas) y prepara su primer libro de relatos. Correo electrónico: jorgeenriqueescalona@yahoo.com.mx